



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Los chinos

La cuestión es de trascendental importancia. Ya sé que muchos de nuestros conciudadanos prefieren ignorar cuestiones apasionantes, revolucionarias y orientadoras, que pueden llegar a introducir el malestar en las familias. Pero los chinos existen.

Me refiero, como ustedes ya habrán adivinado, al juego llamado de *los chinos*: tres monedas por jugador, que puede llevar escondidas en una mano, o bien sólo dos, o una, o ninguna. Si son cuatro los esforzadores, hay que calcular entre un máximo de 12 (4 x 3), y un mínimo de cero (4 x 0). Entre ambos polos, caben todas las posibilidades. Cada jugador sale una vez y dice un número; le sigue el compañero de su derecha y así hasta completar la vuelta.

Yo, en vez de practicar el peligroso *jooging* o de hacer el gilipollas paseando entre los coches en bicicleta, tragándome el humo de lo que ahora se llama, en mi segunda lengua, *tubs d'escapament*, juego cada día un par de rondas a *los chinos* y bebo café con hielo. La partida suele empezar a las 20.30 horas y termina a eso de las 10 de la noche. Mis compañeros, y adversarios, son siempre los mismos: don **Trinidad Cruz**, que se hace llamar *el Tuerto*, encargado general de un gran edificio;

Albert Rubinat, viejo militante ugetista, jefe de mantenimiento de un hotel de lujo; un extraño personaje, rico empresario maderero, que se hace llamar *la Désirée*, y un servidor de ustedes, a quien llaman *el Cura*. No se juega dinero, sólo las consumiciones, el que pierde. Una vez, hace siete meses, estuve a punto de pagar.